

## LA MUERTE DE UN CABALLERO

### ROMANCE

El noble francés Bayardo,  
El insigne caballero  
Que nunca mancilló *tacha*,  
Que jamás conoció *miedo*,  
Por la falda de los Alpes  
En fuga las huestes viendo,  
Que al Almirante de Francia  
Dió el rey Francisco primero;

Del deshonor de las lises  
Furioso su heróico pecho,  
Gallardo la lanza empuña,  
Riscado revuelve el freno,  
Y en los pocos españoles,  
Causa de aquel desconcierto,  
Se arroja como valiente,  
Para morir como bueno:

A pintar su gallardía,  
A contar sus altos hechos,  
A encarecer sus hazañas  
No basta el humano acento.

En un normando morcillo,  
Que respira espuma y fuego,  
Cuya ligereza es rayo,  
Cuyos relinchos son trueno;

Con un arnés que deslumbra  
Del mismo sol los destellos,  
Y en parte una veste oculta  
De carmesí terciopelo;  
Y sobre el bruñido casco,  
Dando vislumbres al viento,  
Un penacho blanco y rojo  
Con rica joya sujeto,

Cual águila se revuelve,  
Lidía cual leon soberbio,  
Cual raudo torrente rompe,  
Resiste cual risco eterno.

Sólo españoles soldados  
Sin ceder pudieran verlo,  
Y con él y con los suyos  
Trabar combate sangriento.

Mas qué mucho, si los rige  
Aquel hijo predilecto  
De la victoria en Italia,  
Marqués de Pescara excelso.

Del noble francés Bayardo,  
A pesar de los esfuerzos,  
La francesa artillería  
Fué de la España trofeo.

Pues de aquella escaramuza  
En lo más trabado y recio,  
Cuando las contrarias huestes  
Eran de valor portentos,  
Una silbadora bala  
De oscuro arcabuz partiendo,  
Trasasó de parte á parte  
Al gallardo caballero.

Al caer de los arzones  
Con pesado golpe al suelo,  
Cuajó la sangre á sus tropas  
De sus armas el estruendo.

Y alzaron tal alarido  
De dolor y de despecho,  
Que por los lejanos valles  
Resonó en fúnebres ecos.

Al oír los españoles  
Tan lamentable suceso,  
La sangrienta lid suspenden  
De asombro y lástima llenos:

Pues la muerte de un contrario  
De valor insigne ejemplo,  
Pena y confusion infunde  
En sus generosos pechos.

Soldados de ambas naciones  
Cercan al noble guerrero,  
Cuya sangre empaña el brillo  
Del arnés bruñido y terso.

Y el mismo Pescara llega  
De llanto el rostro cubierto,  
Y le recoge en sus brazos  
Con doloroso respeto.

Sus criados le desarman,  
Inténtanse mil remedios,

Mas ¡oh dolor! todo en vano,  
Llegó su instante postrero.

Muere Bayardo el famoso,  
Y en el último momento  
Después que á Dios pidió gracia  
Cual cristiano caballero,

A españoles y á franceses  
Tornando el rostro sereno,  
«Por mi rey y por mi patria,  
Exclamó, gozoso muero;

»Y ufano de que haya sido  
A las manos y al esfuerzo  
De soldados españoles,  
De honra y de valor modelo,

»Y de la nación más grande  
Que en más alta estima tengo,  
De cuantas pueblan la tierra,  
De cuantas cubren los cielos.»

No dijo más, que la muerte  
Convirtió su voz en hielo,  
Volando á tomar el alma  
Entre los héroes asiento.

Dejaron los españoles  
Por honra á tal caballero,  
De seguir al Almirante,  
Que en Francia salvóse presto.

Y el cadáver de Bayardo,  
De lauro inmortal cubierto,  
Entregado fué á los suyos  
Con justo desprendimiento;

Para que hallara reposo  
Tan valiente y noble cuerpo,  
En su agradecida patria  
Al lado de sus abuelos.





## AMOR, HONOR Y VALOR

### ROMANCE PRIMERO

#### EL EJÉRCITO

De trompas y de atambores  
Retumba marcial estruendo,  
Que en las torres de Pavía  
Repite gozoso el eco:

Porque á libertarlas viene  
De largo y penoso cerco  
El ejército del César,  
Contra el del francés soberbio:

Aquel reducido y corto,  
Este numeroso y fiero,  
El uno descalzo y pobre,  
El otro de galas lleno.

Pero el marqués de Pescara,  
Hijo ilustre y predilecto  
Del valor y la victoria,  
Tiene de aquel el gobierno.

Porque los jefes ancianos  
Y los príncipes excelsos  
Que lo mandan, se someten  
A su fortuna y su esfuerzo;

Y en él gloriosos campean  
Los invictísimos tercios  
Españoles, cuya gloria  
Es pasmo del Universo.

Manda las francesas huestes  
El rey Francisco primero,  
Que ve las del quinto Carlos  
Con orgulloso desprecio.

Y juzgando un imposible  
Que osen venir á su encuentro,  
Con tan cortos escuadrones,  
Con tan escasos pertrechos;

No á la batalla, al alcance  
Prepárase repitiendo:  
*Para la cobarde fuga  
Levantán el campamento.*

En tanto de él en buen orden  
Y en sosegado concierto  
(Después de dar á las llamas  
Y de hacer pasto del fuego  
Las tiendas y los reparos,  
Las barracas y repuestos),  
Salen á coger laureles  
Los imperiales guerreros.  
De Nápoles el ilustre  
Visorey al frente de ellos,

En un caballo ruano  
Que es del Vesubio remedo,  
Ricas armas refulgentes  
En que dan vivos destellos  
Las labores de oro y plata  
Del sol naciente al reflejo,  
Lleva; y sobre el rico almete  
En la cimera sujeto,  
Penacho amarillo y rojo  
Que mece apacible viento.  
Cien alabardas de escolta  
Cércanle, delante enhiesto  
Va su pendon, y le siguen  
Personajes de respeto.

En el escuadron segundo,  
De un arnés blanco cubierto,  
Y de un sayo de brocado,  
En un frison corpulento  
Pasa de Borbon el duque;  
¡Lástima que tan egregio  
Príncipe, contra su patria  
Y su rey combata ciego!  
Entre los varios señores  
Y famosos caballeros  
Que le acompañan, descuella  
Por lo galan y lo apuesto  
El jóven Marqués del Vasto,  
Armado de azules veros,  
Con blancas y azules plumas,  
Gallardas alas del yelmo.  
En un pisador castaño  
Que con la espuma del freno  
Escarcha en copos de plata  
Los azules paramentos,  
Su destreza de jinete  
Con corvetas y escarceos,  
Y su agilidad de mozo  
Va presumido luciendo.

Tras este escuadron segundo  
Marcha el escuadron tercero,  
Y Alarcon á su cabeza,  
Cana barba, rostro serio,  
Armas fuertes, mas sin brillo,  
Corcel alto, duro, recio,  
Una reformada lanza  
Que empuña un puño de hierro;  
Sin visera ni penacho,  
Capacete de gran peso,  
Y sobreveste y gualdrapa,  
Ambas de velludo negro,  
Sin recamadas insignias,  
Sin divisas ni emblecos,

Eran, como lo era siempre,  
Su simple y marcial arreo.  
Siguen tras los hombres de armas,  
Los escuadrones ligeros,  
Y de Cívita-Santángel  
El Marqués al frente de ellos.  
Jóven valiente y gallardo,  
Ignorando va risueño,  
Que á manos de un Rey, la muerte  
Le aguarda á pocos momentos.  
Rico y galan sayo viste  
De purpúreo terciopelo,  
¡Harto pronto con su sangre  
Más purpúreo ha de ponerlo!  
De un cuartago de Calabria,  
Causa de su fin funesto,  
Rige las flexibles bridas,  
Que cortadas serán luégo.

Las triunfadoras banderas  
Donde desarrolla el viento  
Los castillos y leones,  
Ya de dos mundos respeto,  
Y que adorna la fortuna  
De palma y laurel eternos,  
Donde quiera que tremolan  
En entrambos hemisferios;  
La invencible infantería  
De los españoles tercios,  
En bien formadas escuadras  
Sigue por lado diverso.

Descalza, pero contenta;  
Pobre, mas de noble esfuerzo  
Tan rica, que á sus hazañas  
Es el orbe campo estrecho.

El valor y gracia reinan,  
Y de la muerte el desprecio,  
En sus ordenadas filas  
De frugalidad modelo:

Y que de vencer seguras  
Llenan de coplas el viento,  
Con apodos y con vayas  
De andaluces á gallegos.  
A sus bravos capitanes  
Humildes obedeciendo,  
Forman un bosque de picas  
Cuyas puntas son luceros;  
Y donde los arcabuces,  
Preñados de rayo y trueno,  
Van pronto á llenar el aire  
De humo, plomo, muerte y miedo.

Allí el capitán Quesada,  
Allí el capitán Cisneros,  
Y Santillana el alférez,  
Y Bermudez el sargento,

Y Roldan el Sevillano,  
Extremado arcabucero,  
Y mil y mil allí estaban  
Gloria del hispano suelo,  
Cuyos inmortales nombres  
La fama guarda del tiempo,  
Y al pronunciarlos palpita  
De todo español el pecho.

Con un limpio coselete  
Del sol envidia y espejo,  
Con celada borgoñona  
Sin cimera ni plumero,  
Y con sus calzas de grana,  
Y con su jubon eterno  
De raso carmesí, llega  
Después de dejar dispuesto.

Como caudillo el ataque,  
Y como caudillo experto,  
El gran Marqués de Pescara  
En su tordillo ligero.

En su diestra centellea  
Un estoque de Toledo,  
Y un broquel redondo embraza  
Con una muerte en el medio.

Viene, y se coloca al frente  
De los españoles tercios,  
De sus planes y esperanzas  
Con gran razon fundamento.

Y con el semblante afable,  
Y con el rostro risueño,  
Responde á sonoros vivas  
En sazonado gracejo.

Detrás de los españoles  
Tardos marchan los tudescos,  
Que apiñados parecían  
Muro movable de cuerpos.

Sus amarillos pendones  
Las águilas del imperio  
Ostentan, y lentamente  
Las siguen con gran silencio.

Micer Jorge de Austria, anciano  
De gran valor y respeto,  
Va á su frente en un morcillo  
Que hunde donde pisa el suelo.

## ROMANCE SEGUNDO

## LA TIENDA

Entre humo, llamas, cenizas  
Que volando en remolinos,  
Del abandonado campo,  
Al sol ofuscan el brillo,

Lleva arnés empavonado,  
Y devoto hasta el extremo,  
Con franciscana capucha  
El casco y gorjal cubiertos.

Las últimas que desfilan  
Y salen del campamento,  
Son las banderas de Italia  
En pelotones pequeños.

Dos culebrinas de bronce  
Y una lombarda de hierro,  
Son toda la artillería  
Para tan terrible empeño.

Don César Napolitano,  
Caudillo bizarro y diestro,  
Y el capitán Papacodo  
Vienen á su frente puestos.

Ya los franceses cañones,  
Cuyo número era inmenso,  
Contra estas huestes lanzaba  
Muerte envuelta en humo y fuego;

Y ya viva escaramuza  
Se iba rápida encendiendo,  
Entre avanzados jinetes  
Y alentados ballesteros,

Y aún del incendiado campo  
Llegan á ocupar sus puestos  
A todo correr soldados,  
Y á escape los caballeros.

Sólo entre tantos no acude  
Cuando siempre es el primero,  
El gallardo don Alonso  
De Córdoba, y lo echan ménos,

Porque de un noble el retardo,  
En tan críticos momentos,  
Es mucho más reparable,  
Porque debe dar ejemplo.

Y por esperarlo todos  
Miran hácia el campamento,  
Donde con grande sorpresa  
Ven, y quédanse suspensos,

Que su tienda solamente  
No es ya de las llamas cebo,  
Y que aún intacta descuella  
Entre el general incendio.

De don Alonso la tienda  
Tiene desde léjos fijos  
De la multitud los ojos,  
La atención de sus amigos.

Aderezado un overo  
Cerca de ella, altos relinchos  
Da, y huella y escarba el polvo  
No cabiendo ya en sí mismo.

Porque la mano en el diestro  
Tiene sujeto su brio  
Un paje, que también tiene  
Un lanzon con pendoncillo.

Están dentro de la tienda,  
A un lado, sentada en rico  
Almohadon de terciopelo  
Sobre tapete morisco,

Una gallarda señora  
Con semblante dolorido;  
Teniendo en sus bellos brazos  
Dos hermosísimos niños.

Y de pié, á su frente, un jóven  
De brillante arnés vestido,  
La cabeza sin almete  
Y el rostro contemplativo.

Dos luceros son los ojos  
De aquella dama ó prodigio,  
Que á las mejillas de nácar  
Le dan perlas por rocío.

Las negras y luengas trenzas  
Con negligente prendido  
Dan más blancura á su frente  
Dan á sus ojos más brillo,

Dan más carmin á sus labios  
De amor poderoso hechizo,  
Dibujando un albo cuello  
Y un seno de ángeles nido:

Pues viendo en él agrupados  
A los dos infantes lindos,  
El llamarle de esta suerte  
No es exagerado estilo.

El mancebo armado muestra  
En aspecto y atavío  
De su linaje lo ilustre  
Y de su cuna lo rico.

Es el noble don Alonso  
De Córdoba, que cautivo  
De un amor firme, combate  
Por salir de un laberinto.

Del gran Marqués de Alcaudete  
Hermano, y áun presuntivo  
Heretero, aquella hermosa  
Há tiempo tiene consigo,

Con disgusto y con despecho,  
No sólo del Marqués mismo,  
Sino de otros dos hermanos  
Capitanes de gran brio,

Que en las huestes españolas  
Con el de Pescara invicto

Para avalorar su nombre  
Ocupan honroso sitio.

La dama en ilustre sangre  
Al jóven esclarecido  
No iguala, es cierto, mas junta  
A los altos atractivos

De la gracia y la belleza,  
Del donaire y señorío  
Y de los ojos de fuego,  
Y del hablar argentino,

Tal bondad y tal ternura,  
Tan cultivado y pulido  
Entendimiento, y modales  
Tan dulces, gratos y finos,

Que de don Alonso tienen  
Disculpa los extravíos,  
Por prenda en quien tantos dotes  
Colocar el cielo quiso;

Pues amor y entendimiento  
Y valor, siempre se ha dicho,  
Que igualarlo pueden todo:  
Y no es error el decirlo.

Ella es honrada, aunque humilde,  
Y para hombre bien nacido  
El honor de las mujeres  
No es juguete de capricho.

Y si es que tiene de padre  
Ya la obligacion consigo,  
Con Dios y con los sensatos  
Se ve en grande compromiso.

Don Alonso, caballero  
De tan altos requisitos,  
Cuando va á exponer la vida  
A un inminente peligro  
(Siempre solemne momento  
En que entra el hombre en sí mismo,  
Porque voces que no mienten  
Le dan interiores gritos),

Revuelve allá en su cabeza  
Mil encontrados arbitrios,  
Para entre el mundo y el cielo  
Encontrar algun camino.

Su pecho es campo en que luchan  
Irritados enemigos,  
Preocupaciones, afectos,  
Miramientos y cariños.

Y con los brazos cruzados,  
El rostro helado y marchito,  
Desencajados los ojos,  
Convulsos los labios frios,

Hecha pedazos el alma,  
El corazon derretido,

Quisiera que un rayo ardiente  
Le clavara en aquel sitio.

La dama, que no sospecha  
El confuso laberinto  
En que se pierde su amante,  
Demudado y discursivo,

Creyendo que el amor solo  
Detiene su heróico brio,  
En momento en que el retardo  
Pone el honor en peligro,

Sollozando: «¿Qué os detiene,  
Dice, amado dueño mio,  
Cuando las trompas os llaman  
Y os espera el enemigo?»

»Volad, que yo no os detenga;  
Volad, señor, os suplico,  
Vuestro nombre y vuestra fama  
Son ántes que yo y mis hijos.»

De tal labio, don Alonso,  
Al escuchar tal aviso,  
Que fué del honor espuela  
Y del amor incentivo,

En sí torna, se resuelve,  
Y dando un largo suspiro,  
Como lo da el que cansado  
Sale de un profundo abismo:

«Decís bien, señora, exclama;  
Mas venid á ser testigo

De que pago cuanto debo  
A Dios, á vos y á mí mismo.»

Cálase el yelmo; del brazo  
En frenético delirio  
Ase á la dama, que aprieta  
Contra su seno á los niños.

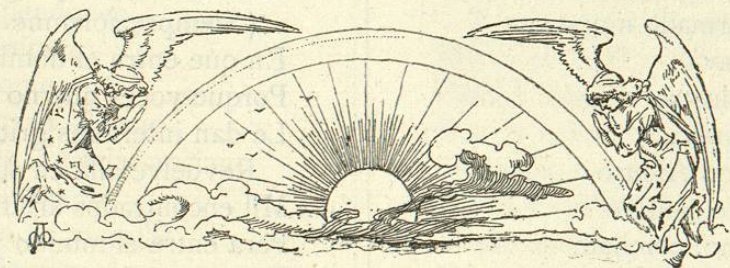
Sale con ella y con ellos,  
Monta en el overo altivo,  
Acomoda en la gurupa  
A su dama y á sus hijos,  
Y hácia el campo de batalla  
A escape toma el camino,  
En velocidad y en fuego  
Rayo ó disparado tiro.

Todos cuantos lo esperaban  
Reconócenlo al proviso,  
De que traiga, avergonzados,  
Tal embarazo consigo.

La lenguaraz soldadesca  
Prorumpo en picantes dichos,  
Pues no hay respeto que imponga  
Freno al vulgacho maligno.

Y los dos nobles hermanos  
De don Alonso, ofendidos,  
De enojo y cólera ciegos,  
En tierra los ojos fijos,

Temiéndose nueva afrenta  
En tal hora y en tal sitio,  
Con las viseras esconden  
Los rostros escandecidos.



### ROMANCE TERCERO

#### EL CABALLERO

Sin templar las flojas bridas,  
Ni dar descanso á la espuela,  
El ilustre don Alonso  
A do están los tercios llega;

Dando al desprecio las burlas,  
Sordo haciéndose á la befa  
De licenciosos soldados  
Y de desatadas lenguas,

Ante el Marqués de Pescara  
Que siente tal ocurrencia,  
Y que está suspenso y grave,  
Pone fin á la carrera.

Desocupa los arzones,  
A niños y madre apea,  
Y con firme acento dice,  
Alzándose la visera:

«Marqués de Pescara egregio,  
Pues circula en vuestras venas  
Sangre tan noble y cristiana  
Como el mundo reverencia,

»No extrañareis el que un noble,  
Que de cristiano se precia,  
Sus obligaciones cumpla  
Y satisfaga sus deudas;

TOMO II

»Ni que un valiente soldado  
Que á combatir marcha, quiera  
Para entrar con más empeño  
Dejar mayores riquezas.

»Ni que tranquila su alma  
Al lance llevar pretenda,  
Porque si es del valor centro  
Mayor valor hay en ella.

»Yo estoy obligado y debo,  
Mil bienes se me presentan  
Que asegurar, y mi alma  
La tranquilidad anhela.

»Bajo vuestro patrocinio  
Cumpla pues, pague, enriquezca,  
Mi alma tranquilice, y obre  
Segun Dios y mi conciencia.

»Al capellan que os asiste  
Mandadle, señor, que venga,  
Y que me case ahora mismo  
Aquí con doña Teresa.

»Y bendecido mi enlace,  
Estos dos ángeles sean  
Hijos legítimos mios,  
Purgados de toda afrenta.